

**La creciente sensación de fracaso que se cierne sobre la visión europea** tiene, para mí, una causa claramente discernible, que es la persistencia de los estados nación cuando deberían retirarse para dar paso a instituciones europeas globales: un ejército europeo, una política exterior europea, un premier de Europa al que pudiesen llamar por teléfono el presidente de Washington o el de Moscú.

Que Angela Merkel ocupe ese papel es parte del problema, no de la solución. El problema es que, del mismo modo que los estados o reinos anteriores a Francia, España o Alemania desaparecieron al emerger en el 1500 los estados nación, ahora Francia, España y Alemania deberían pasar a segundo plano para que emerja Europa. Como no lo hacen, Europa no existe.

Hacia el año 1500 las ciudades Estado italianas –Venecia, Milán, Florencia, Bolonia, Roma, Nápoles– eran independientes. Lo malo fue que al lado aparecieron Francia, España o Inglaterra, conglomerados de condados, ducados, principados o reinos, que se fusionaron para tener ejércitos mucho más numerosos que los financiados por una ciudad Estado, por más Florencia o Milán que fuese.

Si una ciudad Estado se movía en torno al millón de súbditos en el 1500, las nuevas naciones –Francia, España, Inglaterra– se iban hacia los diez millones de habitantes. Carande atribuye cuatro millones a Castilla y dos millones de habitantes a Aragón cuando se unieron hacia 1490. El resultado estaba cantado: Francia y España se pelearon por las ciudades italianas hasta que Carlos I de España se quedó con todas, incluida Roma, que saqueó en 1528 y se coronó emperador de Europa. El título exacto era el habitual desde Carlo Magno y hasta Napoleón: emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

Pues resulta que en el siglo XX a la nación europea le sucedió lo que a las ciudades italianas: les han aparecido en la periferia unos estados que son diez veces mayores que ellas. Si Francia tenía 50 millones de habitantes y España 40, Rusia, Estados Unidos y China tenían 300 millones o más. Los europeos no tenían más remedio que unirse para ser 300 millones y plantar cara, económicamente al menos, a los colosos EE.UU., Rusia o China.

Cada nueva integración supone que la unidad anterior se retire del mando, sin necesidad de que desaparezca, sólo de permanecer en segundo plano. Pero ¿quién se cree que el jacobinismo francés o el sacrosanto nacionalismo español o el complejo de superioridad inglés van a dar un paso atrás, para dejar sitio al unionismo europeo?

Hay que haber leído y viajado muy poco para ser tan ilusos. La unión del carbón y del acero, pase. Evitar más guerras entre Alemania y Francia, pase, pero de ahí a que un primer ministro europeo les diga a París, Madrid o Berlín lo que deben hacer, va un trecho que aún no se ha recorrido.

Si realizamos un experimento mental de esos que gustan a Einstein, en que borráramos las fronteras y diluyéramos los nacionalismos –en ácido sulfúrico, naturalmente–, ¿qué quedaría de Europa?: un continente articulado por un sistema de unidades. Lo describo en mi libro de 1978 Sistema de ciudades y ordenación del territorio.

El concepto de ciudad postindustrial conlleva dos conceptos nuevos que resultan coincidir con otros antiguos. La ciudad industrial desborda la ciudad medieval o preindustrial y la convierte en área metropolitana. A su vez, la ciudad postindustrial desborda el área metropolitana y se convierte en urban field, definido por John Friedmann y John Miller en 1966. Lo que define el ámbito del urban field o territorio urbano es el tiempo de desplazamiento promedio de viaje de fin de semana, que son dos horas. Con la actual tecnología ese ámbito alcanza de 100 a 300 km alrededor de una ciudad de más de 300.000 habitantes.

El urban field de Barcelona es Catalunya, el de València es Levante, el de Burdeos el Perigord y así siguiendo. El segundo concepto son los daily urban systems (DUS). Hoy, el viaje semanal al centro comercial para comprar y vender en el mercado se ha sustituido por el commuting diario entre el centro comercial y la periferia para el trabajo diario. Los DUS son las comarcas medievales usadas a diario merced al coche. Las comarcas tenían 20 km de radio porque se anda a 4 km por hora, se tarda un máximo de 5 horas para ir y volver desde las masías más alejadas, de modo que se va y viene del mercado el mismo día. Comprueben que las comarcas históricas tienen esas dimensiones en promedio. Hoy día son daily urban systems.

Pues bien, Europa sin nación será un sistema de urban fields y, dentro de ellos, daily urban systems. Los antiguos condados y ducados con sus comarcas, pero delineados por el coche en vez del caballo o mula. Nos identificaremos por ciudades en vez de naciones: no hay ningún mal en ello, sólo una evolución de las condiciones tecnológicas aplicadas a las constantes humanas. Barroso pedía una nueva narrativa para Europa, un nuevo proyecto político que genere una identidad colectiva europea que no emergió en los últimos 20 años. Los jóvenes no creen en la unión europea, al constatar su inoperancia. Lo que detestan de Europa no es que usurpe el poder de los estados nacionales, sino que sea impotente. Sólo emergerá Europa cuando retrocedan los estados nacionales. (<http://www.lavanguardia.com/opinion/20171117/432933640457/el-fracaso-de-espana.html>)

RACIONERO, LUIS, "El fracaso de España", en La Vanguardia, 17/11/2017